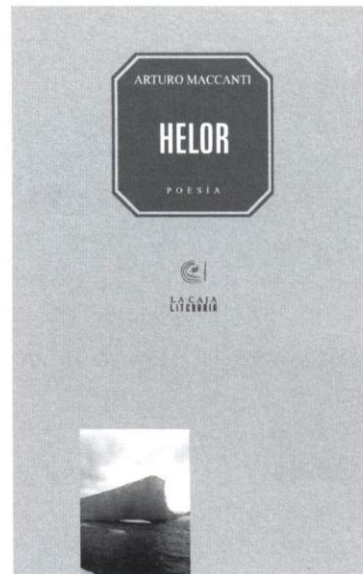


HELOR: LOS ADIOSES DE MACCANTI

JUAN-MANUEL GARCÍA RAMOS



HELOR
ARTURO MACCANTI RODRIGUES
CAJACANARIAS, TENERIFE, 2005.

Frío intenso y penetrante viene a significar este *Helor*, un poemario de Arturo Maccanti recién salido de la imprenta.

Pero más que un frío físico es un frío metafísico el que se desprende de las páginas del libro que hoy refunda una colección como la de la Caja Literaria, en la que algunos tenemos depositada mucha confianza cultural.

Siempre que la crítica ha decidido catalogar la obra de Maccanti ha echado mano de expresiones como “escritura melancólica”, “poesía del dolor”. Llevaban razón los que invocaban esas etiquetas, aunque las etiquetas nunca describen del todo el producto que nos presentan. Sería injusto encasillar la larga dedicación a la palabra poética de Arturo Maccanti en unas cuantas rotulaciones hermenéuticas.

Lo que sí tengo claro a la hora de enfrentar el trabajo de Maccanti es que en esas dos tentativas del arte que se llaman Renacimiento y Barroco, Clasicismo y Romanticismo, poesía para comunicar y poesía intencionadamente incomprensible, es que nuestro autor no ha dejado nunca de forjar sus versos desde una vocación

humanística profunda, desde una preocupación por compartir el hallazgo emotivo y comunicativo que viene a ser todo acto poético de verdad.

Superviviente intocado por todo el movimiento social que le tocó vivir por generación, Maccanti siempre ha sido el mismo escritor encerrado entre las cuatro paredes de su intimidad como compromiso prioritario, invulnerable a cualquier circunstancia que no estuviera dentro de su frágil y lúcida concepción del mundo y que no participara de la atenta, esforzada, orfebrería verbal en que ha consistido toda su carrera de escritor de fondo.

Maccanti es un clásico en toda la extensión de la palabra. Un clásico que rehúye ahora como rehuyó siempre todas las banderías de la modernidad, sea la modernidad fundada por Paul Valéry, para quien la poesía debía ser una fiesta del intelecto, sea la modernidad alentada por André Breton, que defendía el poema como una derrota del intelecto.

Esa tensión entre la poesía de estos últimos ciento y pico de años, ya iniciada en su día por Mallarmé y Rimbaud: en su orden, la conciencia artística y la conciencia vital radicalizadas.

Si queremos entender la labor de Maccanti hemos de trasladarnos a etapas de la historia de la literatura menos contaminadas de ismos y de contra-ismos, a momentos más apacibles, donde la palabra poética participaba más de su pura esencialidad, de preocupaciones más sublimes, aunque esta expresión nos parezca ya hoy un epíteto algo en desuso.

“En Quasimodo se unen los colores y los sonidos de un mundo melancólicamente sereno. Su tristeza no significa la derrotada inseguridad de Leopardi, sino el recogimiento germinal de la tierra en la tarde; esa unción que adquiere la tarde cuando los perfumes, las voces, los colores y las campanas protegen el trabajo de las más profundas semillas. Amo el lenguaje recogido de este gran poeta, su clasicismo y su romanticismo y sobre todo admiro en él su propia impregnación de la continuidad de la belleza, así como su poder de transformarlo todo en un lenguaje de verdadera y conmovedora poesía”.

El simbolismo y el clasicismo de Salvatore Quasimodo (1901-1968) y el sentimentalismo herido de Giacomo Leopardi (1798-1837) pueden ser convocados por medio de Pablo Neruda para que nos iluminen algunos de los pasos de nuestro Arturo Maccan-

ti, originario de la península itálica de la que también procedía el fundador de las letras de nuestro país atlántico, en parte su doble paisano Bartolomé Cairasco de Figueroa.

Desde que la humanidad completó en el siglo XVI y XVII la cartografía de los mapamundis y el espacio dejó de ser una obsesión para los aventureros y los científicos europeos, ha sido el tiempo el que se ha convertido en la esencia de los nuevos hombres y mujeres instalados en lo que se llamó desde entonces la edad moderna. Aquí se citan por regla general al Heidegger preocupado por asimilar al “ser” y al “tiempo”, o al Marcel Proust que buscaba ansioso el “tiempo perdido”, aquí hemos de referirnos al tiempo circular de Jorge Luis Borges o a los cien años de soledad que las generaciones tienen sobre la tierra para nacer, desarrollarse y desaparecer para siempre.

El tiempo y el dolor del paso del tiempo: ésas son, en puridad, las coordenadas por donde avanza el trabajo poético de Arturo Maccanti, en un viaje insomne que reconocemos en cada libro que nos deja cada pocos años.

¿Es *Helor* el final? ¿Es esta obra que hoy presentamos la clausura de un itinerario; acaso el anuncio de esa clausura?

Les confieso que la lectura que he hecho del libro me ha deparado el Maccanti más pesimista; un pasajero del mar de la vida con el agua al cuello que, a pesar de todo, aún es capaz de verbalizar las postrimerías del naufragio anunciado y fatal.

Lo digo con toda la franqueza de la que soy capaz, acaso para que la realidad me quite la razón y las cosas no sean como yo las aprecio a través de versos y versos donde el sufrimiento parece ya incurable y la palabra apenas sirve para ganar algo de un tiempo que ya está más allá del tiempo: “Ocaso irreversible / -¡ay, helor de lo último!- / un día más no pidas / de llamas y de sueños. / *Una vida es bastante*”. [las cursivas son nuestras]

Ése es el primer poema de la primera parte del libro, “A la sombra del tiempo”.

Pero parecidas advertencias se encuentran en la última parte de *Helor*, donde se nos habla de “Flor (es) sobre una losa”: “Llámame aún. / Tener un nombre / mientras pasa la luna / sobre este jardín. / *Después de haber vivido*”.

O en otro poema, “Nocturno”, donde nuestro autor, o la voz que habla a su través, nos dice que “*Hace tiempo que he muerto /*

y alrededor de mí florece un vaho / de raíces y musgos”.

¿Puede ser *Helor* un libro postrero? ¿Se trata de una despedida?

Maccanti evoca la pasión con que amaba todo y ya no lo ama. En ese desasosiego militante, la geografía insular es mitologizada hasta sus últimas consecuencias; trascendida, metabolizada con otros derroteros universales.

El poeta se unimisma con su amada Gue-rea –La Laguna que lo adopta como un hijo ilustre– y sus alrededores, con los litorales batidos de Tenerife, con los montes otoñales, con las arenas peinadas de su playa infantil y adolescente de Las Canteras, con los rumores de las hojas secas al atardecer, con las flores amarillas de cualquier jardín urbano, con los pinos que miran el mar y los fríos cipreses vecinos del mármol.

También se unimisma el poeta con atardeceres y auroras de otros muchos horizontes, primaveras e inviernos planetarios, con las viejas heridas de la convivencia humana; algunas de esas heridas no por viejas menos presentes, como es la muerte del hijo inolvidado.

Helor es el recuento para un adiós con caligrafía de urgencia.

Pero esa urgencia jamás renuncia al rigor enfermizo –el “ostinato rigore” de Leonardo– de la palabra investigada hasta más allá de sus últimas acepciones para exigirnos a sus lectores un esfuerzo de conocimiento por encima de lo habitual. La condición de irremplazable de toda palabra poética. Jamás renuncia, esa urgencia caligráfica de Maccanti, a engarzar como perlas en su collar a esas palabras en la frase fundadora, mágica,

como requiere toda poesía que se precie.

Helor es el libro más triste de Arturo Maccanti, el que lo pone más a prueba con el hombre que un día decidió sobrevivirse sólo a través de la palabra.

En ese equilibrio buscado de desesperanza y verbalización, la desesperanza cobra ventaja y exige mayores responsabilidades a la palabra en la que ha descansado hasta hoy.

El hombre que escribe y la palabra que lo sirve llegan a un límite donde acecha el silencio, la abdicación. El divorcio entre esas dos recíprocas necesidades.

¿Acaso se desemboca por ese lado en la mera y llana confesión, tan lejana de cualquier tentativa estética?

No todavía.

El uso de estrofas tan clásicas como la décima y el soneto en *Helor* nos da cuenta de los esfuerzos del veterano poeta, de su coraje gramatical, prosódico, frente a la vida que se le cae delante de sus ojos. Su lucha por rescatar la perdurable esencia de las cosas.

En este preciso momento me acuerdo más que nunca de la vieja afirmación de Joris-Karl Huysmans, el escritor parisino que en una de sus bellas novelas, *Là-bas* (1891), le hace decir algo a uno de sus personajes que nos sirve para intentar comprender al Maccanti último: “La literatura no tiene más que una razón de ser: salvar a quien la hace del disgusto de vivir”.

Salvar a quien la hace y a quien es capaz de leerla con la misma pasión y entrega. Dicen que la sabiduría, en este caso la sabiduría poética, es el mejor paliativo contra las mentes melancólicas. Aristóteles proclamaba que todos los hombres geniales eran melancólicos.

Desde siempre, incluso cuando la edad no había adquirido la riqueza de los años, Maccanti estuvo situado en el atardecer de la vida, con los ojos puestos en la luz fugitiva que iba desapareciendo de los objetos cotidianos, de las plantas del entorno, de las olas que casi llegaban a la casa paterna de sus primeros años; con los ojos puestos en la luz debilitada que volvía opacas algunas existencias humanas.

Siempre desaparecía lo mirado, no la mirada. Ahora ha llegado el momento de hacerse una pregunta más comprometida: ¿Desaparece también la mirada?

Tarde o temprano, los espejos del tiempo nos ofrecen sólo nuestra imagen cansada de su oficio de ponerle nombre a las cosas y a las perplejidades que nos producen las cosas. Los que empezamos a desaparecer somos nosotros.

¿Acaba ahí la poesía, o comienza?

Por fortuna, la palabra sobrevive; es el arma favorita de la memoria milenaria. Para algunos es la razón de toda su existencia.

Es el caso de Maccanti. Para Maccanti, como para Rainer María Rilke, escribir, crear, ha sido, escribirse, crearse a sí mismo cada día, cada hora y cada instante.

Su diaria pelea con las palabras es un acto extremo de simple supervivencia.